

III CERTAMEN

3.º Premio • Año 2001

El techo del mundo

Lorenzo Isaac Luengo Regalado

Mi nombre es Tenzing Norgay, aunque a nadie le diré nada mi nombre, a nadie le importará quién soy. Me da igual, ahora me da igual todo, me estoy muriendo. Me da igual excepto una sola cosa: confesarme en estas hojas, las últimas páginas del diario de George Mallory escrito por Edmund Hillary, el conquistador de la montaña más alta del mundo -luego mi sobrino las introducirá en una botella, ascenderá con la botella por el Everest a una altura de unos seis mil pies sobre las cabezas de los hombres, buscará una fisura entre dos piedras, enterrará la botella en la nieve-, y así poder cerrar los ojos tranquilo, pues como del sherpa temerario que encaramó a Edmund Hillary hacia la cima del mundo sólo me resta un fantasma que se obstina en gemir cada noche en mi memoria, como quiero deslizarme hacia la muerte sin un solo remordimiento en los desvanes de la conciencia, debo referir lo que me ha castigado el sueño durante todos estos años, no podré acogerme al sueño eterno si no cuento esta verdad que me persigue y de la cual sólo yo fui testigo: cómo Mallory conquistó el Everest antes que Hillary, y cómo Hillary no supo nunca que él no había sido el primer hombre en erigirse sobre el techo del planeta.

Todo el mundo conoce a Sir Edmund Percival Hillary..., el hombre que derrotó a las alturas, quien, por otro lado, ostenta el nombre de un caballero inglés que cifró su vida en la búsqueda del Grial y acabó por rehusarlo cuando era transportado por las manos de una bella dama de blanco, al no distinguir que su valor respondía no tanto a su apariencia externa como a lo que

portaba en su interior. Digamos que para Hillary El Grial al que dedicaría su vida lo acaparaba otra dama de blanco, la montaña Everest, que por su parte le devolvió al escalador la afrenta hecha por el viejo caballero de su mismo nombre siglos atrás y se negó a ofrecerle un Grial de cuyas aguas Hillary siempre creyó haber bebido..., y si el azar no le alcanza estas páginas morirá convencido de que todo ocurrió como él supone y no como ocurrió en realidad. Lo que nadie o muy pocos saben son las razones por las que Edmund Hillary decidió un día escalar la montaña Everest, mirar el mundo desde su cima y regresar a la tierra, porque Hillary siempre ha mentido y las pocas ocasiones en que se ha confesado nadie ha recogido sus palabras o nadie le ha concedido la verosimilitud precisa para abolir la verdad impresa en los libros a cambio de la verdad que Hillary a veces susurra y se introdujo tantas noches en mis oídos.

Según me confió en más de una ocasión, el suceso que trastornó para siempre su vida ocurrió cuando el que luego se convertiría en famoso escalador cumplió dos años de edad y salió a una calle de Auckland, su ciudad natal, acompañado por su padre: había una verbena, el niño Hillary se sintió cansado pronto y su padre se le colocó en los hombros. Eso fue todo, el cansancio del niño y el padre instalándolo sobre sus hombros, pero aquel gesto tan sencillo cambió de golpe la concepción que el niño ostentaba del mundo y de las cosas que sobre él había: estaba más arriba, estaba más lejos, estaba más alto. A la edad en la que muchos niños son sorprendidos con la angustiada pregunta de qué quieren ser cuando sean mayores y responden con misteriosas

certidumbres para evitar la única respuesta posible (que no quieren ser absolutamente nada, y menos aún mayores), Hillary no necesitó esa pregunta idiota para comprender que él de mayor quería ser, simplemente, mayor: es decir, un ser tan alto que estuviese por encima de todos los otros y pudiese acariciar el ámbar de las estrellas con la yema de las pestañas. Veía el cielo más azul sobre los hombros de su padre, y, por primera vez en su vida (y única si negamos el momento en que cumplió una parte de su sueño y accedió al techo de mundo), Hillary supo que las nubes contenían azúcar y que cuando los hombres abandonaran la estatura que los arremetía contra la tierra podrían alimentarse de ellas para no perecer nunca. Era un milagro estar tan arriba y él no quería dejar de estar arriba jamás. Cuando su padre lo depositó en el suelo, el niño que fue luego Sir Edmund Hillary tembló y sintió las primeras náuseas de un terror que ya lo acompañaría el resto de su vida. Era un vértigo hacia los suelos sin abismo, hacia las distancias cortas. Le horrorizaba confirmar que había algo que sujetaba sus pasos y se extendía invariablemente bajo sus pies. Imprimir una pisada en la tierra le costó tanto esfuerzo que cuando su padre se giró para ver por qué el niño no seguía el impulso de su mano, vio que tenía la frente invadida por el sudor y se había orinado en los pantalones. Desde luego, el padre no entendió a qué se debía su miedo, si bien finalmente se convenció de que lo que había aterrado a su pequeño eran un par de pobres siamesas que miraban desde una jaula con ojos asustados. Tomó al niño de nuevo en sus brazos, lo llevó al calor del hogar y, desliziándose al oído palabras cariñosas, lo guareció en la

cama. El niño que fue luego Sir Edmund Hillary apenas pudo conciliar el sueño, aunque lo tranquilizaban los tres palmos de aire que discurrían desde su colchón hasta el suelo de tablas. Esa noche soñó que corría y corría y sólo podía correr. Cuando intentó remontar el vuelo en el sueño su cabeza se golpeó contra algo y despertó tendido en el suelo de tablas. Todavía entre la vigilia y el sueño, creyó que había tocado con la cabeza el techo del mundo. Entonces tuvo una visión. Si de veras -si como el sueño le había relatado- el mundo tenía un techo, debía acceder a él. Se juró vehementemente que dedicaría el resto de su vida a lograr tal hazaña, costara el esfuerzo que costase. Por supuesto, cuando transcurridos muchos años desde aquella convicción leyó en un atlas el nombre de la montaña Everest y decidió que era escalarla o morir, bien pudo inventar los recuerdos de un niño de dos años al que su padre un día instaló sobre sus hombros y así inventariar los objetos de la leyenda que ya para siempre aparejará su nombre en los libros de Historia. Sin embargo, cuando yo lo escuchaba en las largas horas a la intemperie del Everest comprendía que un poso de verdad ocupaba sus palabras. Hillary estaba viendo ante sí a aquel niño cuando me hablaba, y el paso del tiempo le había enseñado a entender que el terror que escribían los ojos de ese niño era el miedo que a él aún lo asediaba, incluso en las noches en que la montaña no nos acercaba su peor cara y parecía susurrarnos de nieve que faltaba muy poco para que nos portara sobre sus hombros, para que Edmund Hillary pudiera salvar de la angustia que lo sujetaba al niño que sólo sabía habitar en las alturas. Yo lo escuchaba en silencio, y sus

palabras me contaminaban el ánimo de tal modo que hasta me desaparecía el sueño de los ojos bajo el deseo inaplazable de seguir subiendo e injuriar la cima de la montaña cuando antes, donde aquel niño atezado de pánico lograría su redención. Tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no desmontar la tienda y volver a la carga contra ella. Sir Edmund Hillary contaba con ese talento sobre mí, hacer creíbles las cosas que no era posible creer y llevarme por medio de esa credulidad a desalojar de mi alma el valor necesario para arrostrar un peligro y salvarlo sin siquiera pensar que tras de mí había dejado un lugar que las líneas de mi mano conservarían como una muesca imborrable. Sé que Hillary conseguía de esta manera saltar sobre su miedo y vencer los mismos peligros que sin sus palabras yo nunca me hubiera impuesto vadear, porque, a la postre, Hillary necesitaba de mi miedo para sortear el suyo, si bien imprecarme para ir un paso por delante de su valor no significaba que quisiera regalarme el privilegio de llegar a la cima del Everest antes que él. Esto debe quedar claro: Hillary jamás hubiera permitido la desventaja de verse por debajo de alguien en la cima del mundo, ni siquiera de su sherpa. Nunca.

Porque su misión no estribaba únicamente en conquistar el techo del mundo sino en se además el primer hombre en conseguirlo. Por eso, el nombre que frecuentó sus pesadillas durante tantos años fue el del intrépido inglés George Mallory, un alpinista de ambiciones románticas y rectilíneas que en 1924 obtuvo la mayor recompensa que un hombre podría nunca lograr en su intento de coronar el Everest (o en su intento de coro-

nar sueño alguno): la incertidumbre y el fracaso. Incertidumbre, porque lo último que se supo de Mallory es que con la sola compañía de un piolet y una cámara que testimoniase su hazaña ingresó en un terrorífico temporal de nieve y viento, sin averiar esa flema cejijunta que lo llevó hasta el Tíbet para doblegar la estatura que separaba al hombre del cielo; y fracaso, porque ese temporal de nieve y viento que tan sospechosamente lo acogió no lo devolvería jamás al mundo de los vivos. O sea que Mallory fue devorado por el Everest pero nadie pudo saber con absoluta certeza si llegó hasta su cima o sucumbió en el camino, si la montaña se apropió de él cuando subía o lo engulló cuando bajaba. Así pues sería Hillary, si lograba su objetivo, quien ofreciese tal primicia al mundo. Yo sabía que Hillary hablaría para los hombres sólo si encontraba en su ascensión el cadáver helado de Mallory, la prueba de que él y no otro era el primer hombre en rozar el techo del mundo con la frente. Sí, eso lo convencería de haber sido el primero en llegar hasta arriba, que sus palabras sonasen convencidas y el temblor de sus propias palabras en sus oídos le asegurase del convencimiento de los otros; pero en este caso habría algo que sucedería siempre con Mallory y no sucedería con Hillary: que todo el mundo vería a Hillary en la cumbre del Everest pero al mismo tiempo soñaría con un Mallory fantasmal que quizás derrumbado o tal vez exhausto y exultante tras completar su gesta, decidía absolverse en un silencio de cripta del que jamás emergería, si es que la muerte no se lo había llevado con ella para silenciarlo, para convertirlo en héroe. Mallory viviría para siempre en la fantasía de los hombres y Hillary no,

eso era todo. Yo bien hubiera firmado el destino de Mallory antes que el de Hillary, pero Hillary quería firmar su propio destino y desde luego la fantasía de los hombres no se le daba un ardite. Y, por lo visto, Mallory tampoco; y aunque esto Hillary no lo supo nunca, desde luego tampoco hubiera podido evitarlo.

Aunque lo que he relatado más atrás sucedió muchos años antes de los hechos que nos ocupan, la historia de la conquista del Everest no sería la misma sin un niño que quería crecer, que no pisaba las baldosas de su casa ni el asfalto de la calle sin sentirse acalambreado por un extraño vértigo y que obligó a construir a su padre una cabaña de madera en lo alto de un roble donde vería pasar tantos y tantos años de su vida. En Auckland lo llamaban Thoreau por aquel escritor amigo del poeta Walt Whitman que un siglo atrás habitó la copa de un árbol para no verse contaminado por el roce de la sociedad. El apodo, en fin, no le encajaba del todo mal a quien además de seguirle el rastro por los árboles se había aprendido de memoria la obra del caballero rampante, para concluir trasladando su devoción al más estupefaciente de los pioneros del síndrome de Thoreau: Nathaniel Hawthorne, un escritor americano que un día se encerró en la casa de su madre y cuando se decidió a abandonarla habían transcurrido doce años. En efecto, se trata del mismo Hawthorne que escribió su propia versión de los hechos en Wakefield, un cuento que refiere la historia de un hombre que sin pretenderlo se encierra en una casa vecina a la suya durante años para gastarle una broma a su mujer. Tanto Wakefield/Hawthorne como Thoreau fueron, a su vez, pioneros del mal que aquejó a

Hillary, pero la angustia que recorría sus vidas fue sorteada por una huida zigzagueante sin otro fin que el de aplazar esa misma angustia... y recuperarla no mucho más tarde, en el salón de una casa con llamas en la chimenea que propondría a sus víctimas otra nueva huida perpendicular hacia la nada. Walt Whitman decidió convertirse en vagabundo, mas dicha angustia también lo acompañó siempre. Sin duda, Edmund Hillary estudió sus biografías y comprendió que la huida sólo podía darse hacia un sitio: el cielo. En la Universidad fue presa del horror cuando advirtió que en sus aulas no había más crecimiento que hacia atrás, que no había otra cosa sino un ominoso descenso. No, tenía que llegar hasta el cielo, tenía que separarse de los hombres y volver al Paraíso Perdido en que no existía el vértigo hacia lo pequeño. Pero por supuesto tenía que ser además el primer hombre en lograrlo. Ser el segundo significaría que por mucho que lo intentase siempre habría alguien por encima de él, de modo que el vértigo se le repetiría porque estar a 8.848 metros de altura y pisar las aguas del mar no contaría ninguna diferencia. Bueno, sí, en realidad sí habría una diferencia: que estar a ras del suelo conllevaría la posibilidad de soñar alguna vez con remontarse a 8.849 metros de altura, pero estar a 8.849 metros de altura conllevaría la certeza de que seguir subiendo sería imposible porque no habría ya nada por encima, salvo un usurpador que habría llegado antes.

Ésa fue la razón de que el joven Edmund Hillary iniciase con moroso ahínco el estudio de la vida de George Mallory, de que por primera vez en su vida sintiese los efectos misteriosos de la malloryzación que muchos

años después los sometería. Quería ser Mallory para ver con los ojos del alpinista inglés el lugar en que su gesta encontró fin, el cristal de hielo alzado a siete mil u ocho mil metros de altura donde su cuerpo habría hallado acomodo. Estaba completamente malloryzando. En el interior de la cabaña que le construyó su padre llevaba el diario de la gesta de Mallory, un diario que ni siquiera Mallory habría sentido interés en llevar. Garrapateaba sus páginas con febril saña, transportado al Tíbet donde la montaña aguardaba, hasta que un día lo despertó la última entrada introducida en el diario. Ese día Hillary sorprendió en un espejo el rostro de un hombre de cabellos largos y barba arracimada que lo miraba con ojos obsesivos: era él. La entrada que figuraba en el diario decía lo siguiente: "Tengo frío, el miedo se ha apoderado de mí, estoy a 8.300 metros de altura sobre los hombres. Me he sentado a mirar el vacío. Creo que estoy muerto". Hillary leyó una vez y otra la cifra, con una sonrisita tenaz e incrédula, y por fin descendió del árbol, sin dar tampoco muestras de una alegría excesiva. su madre cenó con él esa noche. Un mes después Hillary estaba en el Tíbet.

Si alguna belleza ostentó mi encuentro con Edmund Hillary hubo de ser, en cualquier caso, una belleza epidérmica y meramente testimonial. Nada que me permitiera intuir que en el transcurso de un puñado de noches mi nombre estaría instalado en el centón de la Historia si bien, naturalmente, como un solitario pie de página. No hubo simpatía entre nosotros y la mano que me estrechó me pareció demasiado débil, una mano hirsuta de tendones blandos a la que en más de una ocasión, pensé

entonces, tendría que prestar las mías para remontar de algún precipicio del que sin duda aquel joven de ojos insomnes quedaría colgado. Hillary tenía unos hombros estrechos y la sonrisa zozobrada en un rictus ilegible que al terminar su periplo se le fijó de suficiencia e ironía. No éramos en nada especiales y aquél no parecía un gran momento en la Historia. Yo era un hombre común y Hillary no obsequiaba al mundo con una silueta que reclamase su traducción al mármol, eso era todo. Yo guiaba un rebaño de yaks y ninguno de los dos teníamos el aspecto de ser una leyenda, y desde luego nadie hubiera dilapidado una sola mirada de curiosidad en nosotros. De veras, nada de aquello fue especial y sí bastante anodino. Aunque ahora no pueda creerse, aquello fue así y no de otra manera.

Sin embargo la ascensión a la cumbre tuvo momentos épicos, o al menos los intoxicaba esa épica literaria que Hillary absorbió de joven cuando todavía no sabía que la única huida del mundo no era hacia delante ni hacia adentro sino hacia arriba. Se creía Orlando y don Quijote y una vez me dijo que su empresa estaba condenada al fracaso. Llevábamos sólo mil metros de ascensión. Mil metros. Pensé seriamente en abandonarlo allí y descender con el yak que transportaba nuestras vituallas. Pero me pudo más la curiosidad. Quería saber hasta dónde era capaz de llegar un hombre como aquel antes de sucumbir, qué habría detrás de un hombre que se despedaza de pronto y se convierte en ruina. Recordaba las palabras de un viejo maestro zen que a cambio de pastorearle sus yaks me regaló el aserto de que un hombre no es nadie hasta que no se convierte en otro nom-

bre, y que ni así tiene valor hasta que muere o se metamorfosea en algo muy parecido a un muerto. Tenía ante mí a un hombre que canjearía aquellas palabras en un valor próximo al de pastorear unos yaks. Entonces creí que si alguna belleza había presidido mi encuentro con Edmund Hillary se correspondía con la de un azar que justifica el tiempo perdido y por fin restablece el orden de las cosas.

Hillary era silenciosa y tenaz o hablador y depresivo. Únicamente me hacía confidente suyo cuando estaba hundido y silenciaba los pormenores de su biografía cuando lo poseía el entusiasmo. Siempre le asaltaba la idea de que no éramos los primeros, de que había alguien por encima de nosotros. Claro, el cadáver de Mallory, le contestaba yo para animarle, sin saber más de Mallory de lo que Hillary me había referido sobre su intento de coronar el Everest en 1924, una historia tan delirante que bien podía ser mentira (y de hecho sólo más tarde descubrí que se correspondía con la narrada en el diario que el propio Hillary llevó del alpinista inglés). Sí, el cadáver de Mallory, musitaba él con un asentimiento incrédulo, y entonces le regresaba a los ojos el optimismo y me apremiaba para seguir subiendo, aunque llevásemos ya diez o doce horas de ascenso y estuviésemos montando la tienda o preparando un rincón de hielo donde hacer vivaque. Sin duda Hillary fue un hombre relativamente entusiasta hasta los seis mil o siete mil metros de altura sin hallar a Mallory significaban unos dos mil metros menos para llegar a la cumbre, dos mil metros que si bien era un pequeño paso para nosotros quizá fueron un gran paso para Mallory, es decir, el paso que lo había separado de

ser un simple mortal a un hombre que con ese paso escribía su nombre en el cielo.

Lo que acabó por decidirme a permanecer con Hillary no fue ya tanto la curiosidad de verle sucumbir, que en ocasiones me obligaba a soñar con una sonrisa petrificada en un bloque de hielo a 8.848 metros de altura, como el hecho de que yo ya no estaba ascendiendo la montaña más alta del mundo sino la mente del hombre que estaba ascendiendo la montaña más alta del mundo. Me interesaba muy poco trepar por un paisaje que había amueblado mi infancia y gran parte de mi adolescencia, pero en cambio me fascinaba ser testigo de cómo un hombre común discurría hacia otro hombre distinto que lo avecinaba. Si Hillary accedía al techo del mundo y Mallory no lo había logrado antes que él, presenciaria con el resto del mundo la transición de un hombre corriente a otro hombre contiguo, en este caso un héroe que habría roto un límite. Pero si Hillary no llegaba a la cima del Everest o descubría que la cima ya había sido herida por unas botas ajenas, yo habría visto algo que nadie más habría podido ver conmigo: cómo el hombre al que los periódicos de medio mundo alborozaban se iba deslizando hacia otros hombres que poco o nada tenían que ver con dicho héroe, hombres sinuosos y terribles que le desbordarían de locura pero que, al igual que éste, también lo habitaban.

Todo lo que sucedió en esos días en que la cima ya estaba al alcance de nuestras uñas lo preserva mi memoria con una extraordinaria lucidez. La mañana acaba de arrojarse sobre mí y sobre Hillary y me dispongo a desmontar la tienda y a introducirla en su petate. De pron-

to veo a Hillary sentado en una piedra y escribiendo algo en su cuaderno de notas. Tiene la barba roja y el pelo largo bajo el gorro congelados, y por alguna razón creo que nunca he visto a Hillary y que ésa es la primera vez desde que lo conozco que mis ojos lo leen. Me apresuro a murmurar su nombre por si algo ha cambiado en su sonido que no se corresponda con el del hombre junto al cual he pasado los últimos días, pero lo único que no concuerda con el nombre que mis labios murmuran es el hombre sentado sobre la piedra que debería responder a ese nombre. Me acerco a él y apoyo una mano sobre su hombro. Hillary no deja de escribir y ni siquiera me mira. Lo que veo me ahoga de terror: la hoja sobre la que escribe está invadida por su firma pero la firma que asedia la hoja se está viendo invadida por el nombre de Mallory. Hillary pasa a otra hoja y sigue firmando con su lápiz de carboncillo: Mallory, Mallory, Mallory. Me aparto de él, pero él ni siquiera advierte mi presencia. Desde luego, si Hillary ha pasado a ser otra persona las únicas que pueden ocuparle somos Mallory y yo, porque ninguna otra alma ha dejado constancia de que haya pasado por aquí, pero por mi parte estoy convencido de que nunca he dejado de ser Tenzing Norgay aunque me pregunto si alguna vez fui otra persona que ahora ha pasado a llamarse así, Tenzing Norgay, un sherpa que condujo a un tal Mallory a través de la nieve hacia el techo del mundo. Tengo que hacer un esfuerzo para recuperarme y recuperar a Hillary y ascender los últimos metros de la montaña. No sé lo que voy a encontrar allí y tengo miedo.

Tengo miedo de encontrar el cadáver de un monje

llamado Tenzing Norgay que siglos atrás emprendió la subida al Everest, pero cuando llegamos a su cima lo único que encuentro es a Mallory tras los ojos azules de Hillary, su rostro pálido y magullado por el tiempo como una máscara alborozada sobre el rostro moreno de Hillary, mirando la cima que sus ojos mortales nunca vieron, y de pronto ese rostro desapareciendo en Hillary y Hillary levantando los brazos para tocar el cielo, y escondido entre unas piedras el piolet de Mallory, que arrojo al vacío para que Hillary no lo reconozca. O no es el piolet de Mallory y es el piolet con que Hillary se ha ayudado para emprender los últimos metros de subida, tocado por las manos de Mallory en el último momento, suficiente para que deje de ser el piolet de Hillary y se convierta en el de Mallory. Todavía Hillary tiene un momento de lucidez y me indica que debemos buscar algún indicio de presencia humana que podamos hallar allí. Por suerte no hay nada más, pero miro de nuevo a Hillary y veo que su lugar lo habita Mallory otra vez, que Hillary ya no está y que quizás él esté viendo lo mismo que yo, un hombre que se ha deslizado hacia otro hombre, alguien que ocupa un lugar que no le corresponde. Vivanqueemos una noche en la cima del everest durante la cual Hillary sigue buscando su nombre en una firma ajena. O eso es lo que ahora imagino: tal vez Mallory intenta imponerse mediante la proclamación de su nombre a una identidad que se resiste a la simbiosis.

El descenso es más rápido que la subida y más sencillo que ésta porque sólo nos ocupa un pensamiento: descender. Mallory, o sea Hillary, es más rápido que yo y baja a la carrera. Del yak no recuerdo si murió en el

ascenso o si lo abandonamos junto al petate de la tienda en el techo del mundo, quizás asediados por el conocimiento de que nunca descenderemos de allí con vida y ése será el mejor modo de dejar nuestra rúbrica a los futuros Mallorys y Hillarys y Norgays que traten de seguir nuestras huellas antes de que nuestras huellas los sigan a ellos. Debemos estar a tres mil metros del suelo cuando empiezo a cobrar conciencia de lo que ha sucedido allá arriba. Soy Tenzing Norgay y no existió un Tenzing Norgay antes que yo. Pero el hombre que me acompaña en el descenso es George Mallory y no Edmund Hillary porque le he visto escribir su nombre en la última hoja del cuaderno, si bien sé que George Mallory lleva casi treinta años muerto en algún lugar de esta misma montaña. Veo a Mallory descendiendo la ladera bajo un galernazo de nieve, como un fantasma blanco mientras el aire golpea mis oídos, y trato de gritar su nombre pero sólo alcanzó a injuriar el viento con un nombre que acaso no le pertenece: Hillary. Grito una vez y otra, grito de nuevo mientras desciendo y resbalo por una pendiente de nieve convertida en hielo, Hillary, Hillary, Hillary. Sin embargo, Mallory no se da la vuelta ni se detiene un segundo. Me horroriza pensar en el niño que sigue aguardando en un recodo de tiempo su redención en la montaña más alta del mundo, un niño que Mallory no ha podido redimir porque no le importa o ni siquiera sabe que existe, y grito de nuevo un nombre que la nieve y el aullido del viento engullen. Nadie me contesta. Estoy solo como un hombre colgado de una estrella, allá abajo no hay nadie porque Hillary no está y Mallory murió hace casi treinta años, estoy solo pues el

mundo no recoge mi voz y no hay nadie más solo que un muerto. Puedo seguir descendiendo pero sé que no habrá un suelo de tierra bajo mis pies porque estoy muerto, como Hillary, como Mallory. Estoy muerto.

Lo curioso es que la tierra llega. Es una visión de bruma y un vértigo que me acomete y nada más que eso. Veo a Mallory a mi lado, sentado sobre una piedra, y tengo miedo de que incluso una mirada suya me confirme lo que en el descenso me aterraba: que la tierra no es esto, que hay que seguir bajando, que estamos muertos. Las manos le tiritan y tiene los labios como palpos, socarrados de frío; los ojos no pueden fijarme. Mi aspecto no debe ser mejor que el del hombre que se mira: yo soy como él, él es mi reflejo y mis labios son los suyos, ambos hemos estado arriba y ambos hemos descendido juntos. Igual que cuando le vi caligrafiar una firma en el cuaderno de notas, depongo una mano en su hombro y murmuro un nombre: Hillary.

Eso fue todo, porque lo demás pertenece a la Historia. Hillary me miró y sonrió, me dijo que lo habíamos conseguido y yo le creí, luego se levantó e insistió en que lo habíamos logrado y lo dijo de nuevo, me abrazó y sollozó su alegría de que pudiera llorar, de que la nieve no le congelase el llanto en los ojos. Luego cayó, y estuvo varios días arrumbado al silencio, sin cerrar los párpados. No le pregunté nunca por lo que vio allá arriba, pero él sí me preguntó muchas noches por lo que mi memoria almacenaba de nuestra estancia en el techo del mundo, preguntaba una y otra vez como alguien que quiere recordar un sueño y acude a la única persona que puede responderle, la única persona que estaba en el

sueño con él, el único rostro con que hubo soñado. Parecía que su ala estaba aún empotrada en la niebla. Yo le hablaba de un cielo puro, de unas estrellas que podían asirse con la mano y rozarse con la yema de las pestañas, pero no le dije nada acerca de Mallory ni de su piolet porque todo eso pertenecía a Mallory y no a él, eso era una parte de Mallory y no suya que él nunca sabría.

Y quizás nunca llegue a saberlo. Si el azar no lo remedia (y no lo remediará, en unos días mi confesión estará enterrada en la nieve, a la espera de otros Norgays, otros Hillarys y Mallorys que sepan dónde tienen que buscar, dónde van a encontrarla), antes de morir no habrá leído estas hojas, en las que le revelo lo que nunca le dije de lo que hallamos en el techo del mundo.